

Ya recibido, manifestó gran predilección por el estudio de determinadas ciencias y, cosa meritoria, siempre bajo el punto de vista nacional. Investigó con ahinco las enfermedades que causan en los animales la presencia de los parásitos; se consagró con empeño al estudio de las plantas y animales indígenas y al de sus propiedades terapéuticas, y fué uno de los primeros mexicanos que empezó á llamar la atención sobre los estudios de microscopía é histología. Por la Historia Natural fué tal su predilección, que á costa de grandes sacrificios se hizo del herbario del célebre botánico Cervantes, el que emprendió someter á las clasificaciones modernas.

Habiéndose abierto en el año de 1864 en la Escuela de Medicina, un concurso para cubrir la plaza de adjunto de Historia Natural, se presentó el Sr. Jiménez y, como era de esperarse, la obtuvo, habiendo desde entonces ingresado al profesorado de la Escuela. Allí fué donde se dió á querer mucho de la juventud estudiosa.

Fué también catedrático del ramo en la Escuela de Agricultura.

Perteneció á muchas Sociedades científicas y filantrópicas—ya vimos que fué el fundador de la simpática Sociedad Filoiátrica—y en ellas siempre fué un entusiasta propagador de su arte y siempre buscó para ellas las simpatías de los hombres de ciencia de allende y aquende los mares.

Publicó algunos escritos, y España y Portugal le premiaron con diplomas algunas de las *Memorias*.

Falleció en México en 27 de Abril de 1875.

En los últimos días de esta cátedra fué también uno de sus profesores el Dr. José Barragan, modesto y distinguido facultativo, actual Director del Hospital de Jesús, y notable naturalista micrógrafo á quien debe México el descubrimiento del fermento del pulque, al que clasificó entre los *micrococcus*.

Fué el texto de esta cátedra el Jussieu.

Se tuvieron en ella alguna vez, en el año de 1857, como entonces se acostumbraba, lucidos actos públicos.

Al venir la Ley Orgánica de instrucción pública de 1867 que la refundió en la Escuela Nacional Preparatoria, se la clausuró en Medicina.

Dirémos aquí algunas palabras sobre una cátedra nueva que entonces (1868) apareció para los farmacéuticos en nuestra Escuela, y que

vino á sustituir hasta cierto punto á la anterior. Querémos referirnos á la de Historia de las Drogas.

Esta cátedra fué creada por la Ley Orgánica de 1867.

Fué su primer profesor el Sr. Herrera A., sabio farmacéutico y uno de los más distinguidos naturalistas mexicanos, adjunto de Farmacia de la Escuela desde el año de 1865, quien todavía la desempeña.

En 1877 fué nombrado por el Gobierno adjunto interino, el profesor Laso de la Vega que la sirvió durante algun tiempo en sustitución del propietario.

Han sido sus textos, primero el Guibourt y hoy el Planchon.

Actualmente forma el tercer curso de la cátedra de Farmacia.

Poco sabemos del estado que haya guardado al principio la enseñanza de la Historia Natural de la Escuela Preparatoria; sin embargo, es de presumirse, que allí mejoró notablemente cuando, además de que ocupó el lugar que verdaderamente le correspondía, entonces aquel plantel estaba sujeto al vigoroso é inteligente impulso del sapientísimo Barreda.

Creemos que desde entonces sirvió allí esta cátedra, nombrado por el Gobierno, el profesor Herrera, hasta hace poco que se encargó de ella el Dr. Urbina.

Actualmente cuenta con unos ricos gabinetes; en uno de sus patios se conservan vivos algunos animales raros y de valor, y desde el año de 1878 plantó el Sr. Herrera en su patio principal un hermoso jardín botánico, en el que se reunieron para el estudio de esta ciencia colecciones inestimables de plantas indígenas y exóticas. Para el efecto estableció cambio de semillas con varios jardines del extranjero. Tiene anexo este jardín un precioso invernadero en el que se cultivan ejemplares botánicos de gran estimación.

Creemos que el texto actual es el Richard.

Como ántes dijimos, se ha venido enseñando también desde hace largo tiempo la Historia Natural en la Escuela N. de Agricultura, en donde se ha contado con un mediano jardín. Posteriormente se estableció su enseñanza en la Escuela Secundaria de Niñas, y, últimamente, en la Normal de profesores, y se ha acordado que se den también sus nociones en todas las escuelas municipales.

Sus estudios antiguamente eran obligatorios á los mineros, á los farmacéuticos, á los médicos, á los agricultores y veterinarios, á los abo-



gados, especialmente la Zoología, y desde 1878 á los profesores de instrucción primaria. En 1880 se les quitó á los abogados, y en estos momentos, en cambio, se les pone á todos los profesores, que tendrán que estudiarla en la Escuela Normal.

De Historia Natural hay publicadas pocas obras nacionales. Sólo conocemos un *Tratado de Botánica* del Sr. Bustamante y Septien impreso en 1846, obra que alguna vez sirvió de texto en el Jardín Botánico y después en el Colegio de Minería, y en la que están condensadas las ideas del autor y las del eminentísimo Cervantes; un *Compendio de Zoología* escrito por sus hijos Don Benigno y Don Pio, publicado en el año de 1854; un pequeño manual, *La Botánica en definiciones*, escrito por el distinguido farmacéutico Sr. Patiño (F.) y dado á luz en 1880; unos *Elementos de Zoología* escritos por nuestro maestro el sabio naturalista guanajuatense Dr. Dugès A., quien los publicó en 1885, y, por fin, el periódico órgano de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, *La Naturaleza*, en el que se han publicado bastantes buenos artículos sobre el ramo, y en el que colaboran algunos de nuestros pocos naturalistas. Véase, pues, que quedan aun casi absolutamente por hacer los estudios especiales sobre la Fauna y sobre la Flora de cada Estado de la República, y desgraciadamente en los tiempos que hemos alcanzado escasean mucho en el país las comisiones exploradoras de naturalistas. Nosotros alguna vez emprendimos y empezamos á publicar unos estudios de la Flora de Silao, Partido del Estado de Guanajuato, estudios que la conclusión de nuestra carrera profesional ha tenido en suspenso.

Ha dado nuestra patria algunos buenos naturalistas en lo que va transcurrido de este período. Si en el pasado se contó á Mociño, quien además de sus estudios predilectos se dedicó en un tiempo á observar el Vómito prieto y á ensayar su terapéutica, en el presente hemos tenido: á un Ocampo, el mártir Ocampo; á un Nieto, á un Oliva, á un Moreno, á un Dondé Ibarra, á un Barreda, y á un Jiménez L., y tenemos á los hermanos Dugès, en Guanajuato y á Herrera, á Barragan, á Altamirano y á algunos otros en la Capital.

Muy digno es de una mención especial el Sr. Ocampo.

El Sr. Don *Melchor Ocampo* nació en Morelia, en el Estado de Michoacan.

Desde muy joven fué muy afecto á los estudios literarios y aun nos parece que siguió alguna carrera en la que no se recibió. Durante ellos

adquirió gran afición por los de Botánica y los profundizó á tal grado que al fin llegó á ser un muy respetable naturalista. De sus conocimientos en este ramo y en las propiedades de las plantas, se cuenta que una vez, allá por el año de 1853, habiendo aparecido un lobo rabioso (según algunos fueron perros), en los alrededores del pueblo de Túngareo, en su Estado, que mordió á muchos peones de su hacienda y de las inmediatas, él, ayudado de un Sr. Echaiz, los recogió y atendió á sus expensas, habiendo ensayado entonces, parece que con buen éxito, la flor de la *trompetilla* (*Bubardia Jaquemina*), planta que crece entre nosotros en San Angel, que aplicó á todos los amenazados de la rabia. Publicó entonces sus ensayos con la descripción de la planta, planta y estudios que se remitieron á Europa. Es muy digno de seguirse investigando lo que haya de verdad en este descubrimiento.

Pero en lo que más descolló el Sr. Ocampo, fué como político. Es una de las más grandes figuras que brillan en los fastos de la época de la Reforma. De él han dicho sus biógrafos que fué el padre de la democracia, el apóstol de la Reforma y el mártir de ambas instituciones.

Fué, según se cuenta, un hábil orador y un profundo filósofo.

Víctima de las ideas que habia sostenido y que habia hecho triunfar, fué cobardemente asesinado por sus enemigos y luego colgado de un árbol, del cual se conserva en nuestro Museo, como una reliquia sagrada, un trozo de madera.

Aun en los momentos de ir á sucumbir tuvo rasgos dignos de admiración. Siempre habia sido el Sr. Ocampo muy amigo y muy querido de la juventud estudiosa michoacana, que lo miraba como á un padre. Al ir á morir, ya frente del patíbulo y del horrible espectáculo del suplicio que le preparaban sus asesinos, en tan supremos y terribles momentos, aun tuvo un recuerdo de cariño para ella, y dispuso que su rica biblioteca quedara á beneficio del histórico y antiguo Colegio de San Nicolás de Hidalgo, de Morelia.

En su memoria lleva el Estado en donde vió la primera luz, y que después gobernó, el nombre de Michoacan de Ocampo.

De la vida privada de este ilustre reformador, se cuentan algunos rasgos muy dignos de ser conocidos é imitados, y que revelan su grandeza de alma. Una vez fué injuriado gravemente en un folleto por un Dr. Indelicato, y en lugar de exigirle una satisfacción por la calumnia,



lo obsequió con una fuerte cantidad de dinero. Tenia un jardin en Morelia en el que cultivaba plantas muy exquisitas y se lo habia confiado á un hombre del pueblo para que lo cuidara y se aprovechara de la venta de las flores, exigiéndole, como única recompensa, que diera á su hija las que quisiera para su tocador. Un dia el jardinero manifestó enfado en dar á la señorita Ocampo algunas flores, y sabido esto por su padre, se vengó del ofensor remitiéndole la escritura pública en que le trasmitia la propiedad perpetua de la casa y jardin. Como hombre caritativo no se le conocieron límites. Iba una vez de Tuxpan á Pateo y habiéndole sorprendido en el camino una tempestad, se abrigó con un magnífico zarape del Saltillo que acababa de comprar en ciento cincuenta pesos, cuando habiéndole salido al encuentro un pobre á pedirle una limosna, se quitó el zarape en medio de la lluvia y le obligó á tomarlo, habiendo llegado enteramente mojado á su hacienda. Se cuenta que otra vez pasaba una tarde frente á su casa, á la sazón que él estaba parado en la puerta, un viajero montado en un mal caballo, que revelaba estar sumido en la mayor miseria. Lo vió el Sr. Ocampo, conoció por el aspecto que aquel hombre no era un sér vulgar sino quizá alguno abandonado de la fortuna, y queriendo socorrerle sin ofenderlo, se valió del ardid de hacerle creer que su caballo era de raza pura y que se queria hacer de él á cualquier precio, por lo que se lo cambió por uno de los suyos y le dió un exceso de dinero. Cierta vez se hacia en su hacienda de *Pomoca* (anagrama de su nombre), la trilla del trigo, cuando sorprendió, sin ser visto, la conversacion de uno de sus *rancheros* que se lamentaba de no tener recursos para venir á curarse de una enfermedad crónica que le affigia, y en la que habia empleado toda su fortuna, á la Capital. Al retirarse todos los trabajadores, el Sr. Ocampo llamó al enfermo, le enteró de que habia escuchado toda su conversacion, y le dijo, que no necesitando por de pronto el trigo que estaba trillando, podia disponer de él para venir á curarse á México. El enfermo rehusó, pero al dia siguiente recibió en su casa de parte del Sr. Ocampo, el trigo, suplicándole lo aceptase como un auxilio para atender á su curacion: Y, en efecto, el enfermo vino á la Capital, volvió despues enteramente curado y se dedicó á trabajar, ganándose nuevamente otra fortuna. Por último, hallándose una vez en su hacienda debajo de un árbol, al lado del camino, llegaba un atajo que le servia para trasportar las semillas, y un peon que no lo habia visto exclamó:

—Con este atajo seria yo feliz.

—Tómalo, es tuyo, le contestó el Sr. Ocampo, y ojalá se realicen tus deseos.

Difusos seriamos si quisiéramos seguir refiriendo otros mil bellísimos rasgos de esta gloria michoacana, pero basten los asentados para poder juzgar lo que fué este grande hombre, que no tuvo empacho en sacrificarse por sus ideas, ora se le juzgue como político, ora como patriota.

Con este broche de oro cerramos este Capitulo, y pasamos á ocuparnos de la historia de la Farmacia mexicana contemporánea.